

---

## CAPÍTULO II.

La platea, el palco y la butaca.

Mientras la multitud se agolpaba á las puertas del teatro Real, impaciente por invadir las encaramadas localidades del *paraiso*, un cordon de coches, que parecia interminable, cruzaba los macizos postes del peristilo, deteniéndose á intervalos para dejar sucesivamente delante de la puerta principal del edificio los más bellos ejemplares de esa coleccion de lujosas hermosuras con que el gran mundo cubre, adorna y anima los salones, los paseos y los teatros, dando con su presencia verdadero esplendor á todos los espectáculos.

Los coches entraban lentamente por un extremo del pórtico, llenos de seda, de encajes, de terciopelo, de brillantes, y los cu-

riosos veían salir de espléndidas berlinas y de lujosos landós las rubias más espirituales y las morenas más graciosas que en competencia han podido producir la fría Inglaterra y la ardiente Andalucía.

Así como al oscurecer, luégo que el sol se hunde en las profundidades del horizonte, van apareciendo, ya en un punto, ya en otro, las estrellas, cubriendo poco á poco la ancha bóveda del cielo, del mismo modo esas hermosas criaturas, iluminadas con todos los resplandores de la belleza y del lujo, iban apareciendo en el fondo encarnado de las plateas y de los palcos, formando en toda la circunferencia de la sala un doble cordon de majestuosas miradas y de afables sonrisas.

Cada palco era un cuadro, en el que se representaba poco más ó ménos la misma comedia, la comedia del lujo, la comedia de la vanidad humana, la comedia de la hermosura; el público, digámoslo así, encajonado individualmente como las pipas de una sandía en el terciopelo carmesí de las butacas, volvía sus diferentes cabezas, ya á un lado, ya á otro, para ver y admirar, ahora en esta pla-

tea, luégo en aquel palco, las sucesivas apariciones de las damas que la moda tenía en aquel momento en el apogeo de la celebridad. A cada aparición había un movimiento de cabezas, á este movimiento sucedía una revolución de *gemelos*, que dirigían sus dobles cristales hácia el punto en que acababa de aparecer, y después un nombre de mujer, préviamente conocido en los fastos de la buena sociedad, corría *sotto voce* de boca en boca.

Las que iban siendo objeto de semejantes ovaciones saboreaban sus fugitivos triunfos paseando sus miradas tranquilas é indiferentes sobre el público, se reclinaban indolentemente sobre el sillón de terciopelo que las esperaba sin impaciencia, y colocando los brazos desnudos sobre el pasamano del palco, dejaban admirar la transparencia de la tez y la pureza del contorno á la insolente impasibilidad de los gemelos y á la avidez impertinente de los ojos.

El espectáculo, pues, empezaba, como siempre, ántes de que se alzara el telón, y en la planta baja del teatro, resplandeciente

de luz, de fausto y de hermosuras, llena de la sociedad más escogida, no habia impaciencia ninguna por que comenzára el espectáculo, cuyo anuncio habia servido de pretexto para reunir en aquella exposicion de adornos, de joyas y de alhajas, lo más selecto, la flor y nata del buen gusto, del lujo y de la elegancia.

El teatro ha perdido aquel interes que inspiraba el palco escénico, detras de cuyo telon se preparaba una accion más ó ménos interesante, más ó ménos trágica, más ó ménos cómica, que hacia llorar ó reir sinceramente á un público bobalicon, que tenía la candidez de afligirse ó alegrarse, de llegar hasta el entusiasmo ó caer en la indignacion, segun los sucesos que más ó ménos hábilmente se desenvolvian á su vista; como si la ficcion con que se le engañaba fuera una realidad digna de conmoverlo.

De aquel público inocente, crédulo, bonachon, digámoslo así, infantil, que tomaba las cosas tan á pechos, creyendo á los actores bajo su palabra, queda muy poco. La ilustracion la ha ido extinguiendo de tal

modo, que sólo se encuentra alguna vez en las más humildes localidades y en aquellas noches en que el público brillante les deja los teatros, privándolo del gran espectáculo de su presencia.

Fuera de ese cada vez más escaso número de personas y de familias, que generalmente y segun el orden categórico de la sociedad en que vivimos, tienen su sitio entre el vulgo de las gentes, que van mucho ántes que el telon se alce y salen del teatro despues que el telon ha caido, para no perder punto ni coma de los incidentes de la comedia ó de las peripecias del drama; fuera, digo, de ese pequeño público de buena fe, la gente acude á los teatros, no á ver, sino á ser vista; el espectáculo no es más que la excusa, el pretexto de tan brillantes reuniones; el drama ó la comedia suele no estar en el palco escénico, sino en cualquiera de los otros palcos, ó en muchos á la vez; la actriz no es siempre la que representa bajo el cielo ó el artesonado de las bambalinas, sino la dama más bella, más rica, más suntuosa que llena con el esplendor de su persona los ojos que

la admiran, recogiendo de todas esas miradas la completa satisfaccion de todas sus vanidades.

Para la gente que ocupaba la planta baja del teatro, era indiferente que el telon se alzara temprano ó tarde, porque para ella el espectáculo habia empezado desde el momento mismo en que habia empezado á verse allí congregada; el espectáculo para ella era ella misma.

Detras de la orquesta, que esperaba la primera señal para lanzar al aire la primera nota, se arremolinaba una turba impertinente de *Tenorios*, que, vueltos de espalda á la escena, parecian empeñados en conquistar el mundo á fuerza de asestar los gemelos, ya á un punto, ya á otro, como si les correspondiera por derecho propio la posesion de todas las sonrisas ó de todas las miradas; más aún, la posesion de todas las mujeres. Estos conquistadores de teatro, comunmente ofensivos, serian de todo punto indiferentes si eligieran otro sitio para campo de sus soñadas aventuras; pero apiñados en el pasillo que divide las butacas en dos partes iguales,

impiden el paso á los que buscan sus asientos y convierten sus insustanciales galanteos en una verdadera incomodidad. No solamente son impertinentes, sino que son molestos.

En medio del sordo murmullo de las conversaciones particulares y de la movilidad de tantas cabezas reunidas, se veian algunos seriamente sumergidos en el seno carmesí de sus amplias butacas, devorando con estudiosa indiferencia las embrolladas é ilegibles columnas de *La Correspondencia*, como si con semejante lectura quisieran dar testimonio público de la particular ojeriza con que el periodismo mira á las artes y á las letras, disputándole la atencion de sus lectores en medio de las más animadas concurrencias, en presencia de los más brillantes espectáculos y en el centro mismo de los teatros; pero ¡ah! ¡qué superioridad no demuestra sobre sus semejantes el hombre que, indiferente al actor y al público, á la escena y á la concurrencia, se abisma en la lectura de un periódico, como quien se roba á sí mismo los minutos para emplearlos en recoger la instructiva sustancia de las últimas noticias!

33842

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

No se notaba, pues, impaciencia en esta parte del teatro, y nadie advertía que había pasado la hora y que la orquesta permanecía muda y el telon inmóvil; pero arriba era otra cosa. El público del *paraíso* y de las galerías, ménos entretenido, empezaba á impacientarse, haciendo notar su presencia con profundos murmullos, que resonaban como truenos; la tempestad, como siempre, estaba arriba; la multitud apiñada rugía desde aquellas alturas y empezaba á desatarse en gritos, en aullidos, en aplausos amenazadores, en estrepitosas carcajadas, en voces descompuestas, que salían, ya de un punto, ya de otro, producidas por esas disputas que surgen del fondo de las multitudes, como surgen los escollos del fondo del mar; los que no tomaban parte con la voz en esta sinfonía estrepitosa, llevaban el compás, golpeando con los piés ó con los bastones las desnudas tablas de los asientos. Había instantes de silencio, y en estos compases de espera resonaba inesperadamente, ya el maullido de un gato, ya el ladrido de un perro, ya el canto del gallo..... entónces estallaba en aquel olimpo de dioses

humanos una carcajada monstruosa, una verdadera carcajada homérica. En fin, el *paraíso* estaba hecho un infierno y bramaba con todas las furias de la impaciencia.

El telon, sin embargo, permanecía impasible y la orquesta muda.

Tres localidades se veían desocupadas: un palco, una platea y una butaca; el palco ocupaba el tercer lugar á la derecha del espectador contando desde el proscenio, y la platea era la tercera á la izquierda contando del mismo modo; es decir, que se hallaban frente á frente, á igual distancia de la escena. La butaca era el número dos de la quinta fila, de manera que se hallaba interpuesta entre la platea y el palco, casi en el centro de la herradura que forma el teatro.

Al fin, el Director, que se levantaba sobre la masa instrumental de la orquesta como la cabeza aparece sobre los hombros, hizo la señal, y cien instrumentos, movidos por cien hombres, se prepararon á inundar el aire de sonidos.

El maestro, agitando en su mano derecha esa vara misteriosa que los músicos llaman

*battuta*, y que viene á ser el volante de ese reloj, el pulso del cuerpo musical, marcó gallardamente el primer compas, y la orquesta prorumpió en las primeras notas con que empieza la introduccion de la *Somnábula*.

La orquesta: hé aquí una larga serie de instrumentos, penosamente trabajados por el hombre, artificiosamente unidos por el arte y por el estudio, numerados como las páginas de un libro, llevando cada uno su nota, su frase, un poco de sonido, una parte de voz á la expresion total de la melodía.

La razon se admira ante este prodigio mecánico, ante este resultado maravilloso, y el arte mismo se vuelve hácia nosotros envejecido y arroja á nuestros semblantes la conquista sucesiva de tanto instrumento; el violin que gime, la viola que solloza, la flauta que arrulla, el figle que brama, la trompa que canta, el cornetin que grita, el contrabajo que murmura, asomando por las profundidades de la melodía, como la sombra de un paisaje.

Aquí, dice el arte, aquí está el conjunto rico, variado y armonioso de voces de cuer-

da, de voces de metal, de voces de madera, que he fabricado yo en mis talleres, que yo mismo he inventado, construido y afinado.

Y en efecto, aquel conjunto de voces de cuerda, de voces de metal, de voces de madera, unidas en pasmoso concierto, sabiendo cada una lo que debia decir y lo que debia callar, comenzó, en medio de un profundo silencio, el bello preludio que anuncia al auditorio la tierna *partitura* de la *Somnábula*.

La *battuta*, semejante á una vara mágica, agitada por la mano del maestro en movimientos encontrados y continuos, lentos y rápidos, suaves y bruscos, parecia el espíritu animador de aquella masa, el alma de aquel cuerpo.

El complicado mecanismo de tantos instrumentos reunidos obedecia á las más rápidas señales, de la misma manera que el ordenado laberinto de nuestros músculos obedece á las insinuaciones de nuestra voluntad.

Llegó por último el momento crítico, y el telon ancho y pesado, alzándose lentamente, descubrió á los espectadores el cuadro apa-

cible, sencillo y risueño con que empieza la *Somnámula*.

Entonces la orquesta apagó sus ecos, y las voces de los instrumentos, suspendiendo, si me es posible decirlo así, la respiración, dejaron el aire franco á la voz humana, y el coro prorumpió en ese canto fácil y armonioso, que, según la feliz expresión de un músico ilustre, huele á tomillo.

El coro es el gran instrumento, la gran voz, que no tiene semejante en la naturaleza y que sale á la vez de diferentes bocas.

Voz que se extiende de un extremo á otro de la escala, que comprende como en resumen la esencia de todas las voces; voz que contiene en sí el secreto de toda voz, sin que los más sabios é ingeniosos instrumentos inventados por el hombre hayan podido sorprender el secreto de su misterioso timbre, la especial combinación de sus maravillosas vibraciones, la ignorada ley de sus conmovedoras modulaciones.

Voz que habla sin saber gramática, voz que canta sin saber música.

Voz que imita todos los sonidos, sin que ningún sonido llegue jamás á imitarla.

La voz del hombre; esto es, la voz del alma.

Voz sin ejemplo en la naturaleza, sin imitación en el arte; voz distinta en cada uno, siempre diversa y siempre la misma, única y múltiple, constantemente repetida y perpetuamente original, que sale del fondo impenetrable de un mecanismo que la ciencia examina sin éxito para dar testimonio del misterio del alma humana.

Detrás de la flauta, que suena, que canta, hay siempre un músico; detrás de la palabra está siempre el pensamiento; detrás de la voz que se exhala de ese instrumento humano que se llama hombre, está el alma.

Y esa gran voz, orgullo del arte, que se escapa del conjunto mecánico de cien instrumentos, que suenan bajo la acción inmediata de cien hombres, ¿qué es, comparada con la voz que brota á la vez de cien bocas humanas, impulsada por la acción misteriosa, por la presión incomprensible de cien almas, confundidas en un mismo sentimiento,

en un mismo dolor, en una misma alegría, en una misma esperanza?.....

¿Qué es la orquesta ante el coro?

Lo que es el organillo ante el órgano, lo que es el instrumento ante el hombre, lo que es el hombre ante Dios.

Pero basta de digresiones; el hecho es que la ópera habia empezado, acallando con las primeras notas de la orquesta el alboroto del *paraíso*, y produciendo abajo ese rumor que resulta de muchas personas que á la vez buscan apresuradamente sus asientos, razon por la cual el público se vió obligado á perder los primeros compases de una ópera que no tiene desperdicio; pero, en la imposibilidad de que los espectáculos dramáticos comiencen algunos instantes despues de haber comenzado, no hay más remedio que resignarse á perder esa parte de funcion al principio de cada acto.

Se habia levantado el telon con esa lenta majestad con que se levantan los telones de los teatros, y aún el palco permanecia desierto, la platea solitaria y la butaca vacía; eran las únicas localidades que aparecian des-

ocupadas, y aquellos tres huecos en medio de tan brillante y apiñada multitud se hacian notables precisamente porque no habia en ellos nada que notar.

En la butaca contigua á la butaca que se hallaba vacía, esto es, en la butaca número cuatro de la quinta fila, se encontraba el diplomático que hemos conocido en el capítulo anterior, sériamente ocupado en escudriñar la concurrencia al traves del doble cristal de sus perspicaces gemelos.

De vez en cuando volvía los ojos á la derecha, y su mirada, un tanto vaga, venía á encontrarse con el hueco solitario del palco vacío, que se le presentaba como una boca que bosteza, lo contemplaba un momento y miraba despues á otra parte.

En la novena fila del lado opuesto, el Vizconde y el marino hacian poco más ó ménos lo mismo que el diplomático; esto es, clavaban de vez en cuando los ojos en el palco, que continuaba obstinadamente vacío; sin recatarse uno de otro para lanzar estas miradas inquisitivas; porque el uso de las miradas no se habia estipulado en el convenio de la

triple alianza, y era, por consiguiente, género libre.

De pronto circuló un ligero murmullo, que estuvo á punto de desconcertar á la *contralto*, que en aquel instante acababa de cantar medianamente la preciosa *romanza*; pero pronto comprendió que no era ella el objeto de aquel rumor súbito, y debió tranquilizarse.

A un mismo tiempo el marino, el Vizconde y el diplomático miraron á la derecha, buscando el palco solitario, á la vez que el público de las butacas volvía la cabeza hácia la izquierda, clavando los ojos y los gemelos en la platea hasta entónces desocupada.

Por un momento la atencion del público que llenaba la planta baja del teatro, se apartó completamente de la escena para fijarse en la platea, como si en ella estuviera el verdadero interes del espectáculo.

Aquel murmullo que habia asustado á la *contralto* fué una ovacion, y aquella curiosidad insistente con que todos miraban á la platea era un homenaje. Habia aparecido en ella nuestra antigua amiga la Marquesa, de-

jando caer sobre la alfombra de semblantes humanos que la contemplaban, una fina sonrisa, ligera y brillante como un relámpago.

Su presencia produjo un gran efecto; pero estaba demasiado acostumbrada á estos triunfos para incurrir en el mal gusto de envanecerse. Se sentó sin afectacion alguna en el lugar preferente, dejó ver su gallarda garganta, sus hombros de Diana y sus brazos de Vénus, lanzó en distintas direcciones algunos saludos fugitivos, y cogiendo los gemelos, los clavó en la escena.

Entre tanto las mujeres, fijas en ella, escudriñaban todos los pormenores de su *toilette*, y algunas no la encontraban ni tan original ni tan fresca como otras veces. «La Marquesa, decian, ha perdido mucho en poco tiempo. Se ha marcado entre sus dos cejas una línea fatal y se ha hecho acerba en su boca aquella expresion de fino desden que era uno de sus principales encantos.» Y añadian: «Brilla, eso sí, pero convengamos en que brilla, como el sol de otoño, al traves de las nubes.»

En efecto, la envidia no iba de todo pun-

ro desencaminada; el semblante de Luisa habia adquirido cierta dureza, que se traslucía al traves de su sonrisa casi permanente, de la cual abusaba; habia perdido la naturalidad de su expresion afable é irónica, y los más perspicaces descubrian señales de una lucha interior, en la que las apariencias de una loca alegría parecían empeñadas en cubrir de flores el abismo de una profunda tristeza; y no habiendo un motivo pátente á que atribuir este supuesto estado de su ánimo, se sospechaba que padecía ese dolor oculto con que ciertas mujeres lloran secretamente en el fondo del alma los primeros desfallecimientos de su triunfante hermosura; suponían que devoraba en silencio la pena de la primera arruga, el infortunio de la primera cana; creían ver en ella la tristeza brillante, la tristeza deslumbradora y magnífica del sol que se pone.

—Algo ha perdido, replicaban sus defensores; convenimos en ello, porque el tiempo pasa, y pasa para todos; pero es preciso reconocer que se defiende bizarramente.

—Oh, sí, añadian los otros, que por lo

comun solían ser *ellas*; se defiende como una heroína; hoy por hoy es todavía una mujer encantadora; aún conserva en su mano el cetro de la moda.

Estas conversaciones, poco más ó ménos, suscitó en los palcos y en las butacas la presencia de la Marquesa, que por su parte parecía tan indiferente á la admiracion como á la crítica.

El diplomático desde su asiento, y el Vizconde y el marino desde los suyos, despues de contemplar un momento el palco, que continuaba vacío, volvieron sus respectivas miradas, siguiendo la corriente del público, hácia la platea, blanco en aquel instante de muchos gemelos.

Cada uno de estos tres personajes, al ver á la Marquesa, concibió el mismo pensamiento y combinó el mismo proyecto.

El diplomático, satisfecho de su idea, se anticipó, espiondo desde aquel momento la platea de Luisa para aprovechar la primera ocasion que se presentára. La suerte le fué favorable, pues la Marquesa detuvo un momento sus ojos en la butaca desocupada, y

alzándolos maquinalmente, se encontró con el semblante de nuestro diplomático, que la saludaba con vivos movimientos de cabeza y expresiva sonrisa; era un saludo que parecía un aplauso; parecía el signo repetido de una aprobacion entusiasta.

La Marquesa, satisfecha ó sorprendida, correspondió cordialmente.

—¿A quién saluda? preguntó el marino en voz baja, viendo el ademan de la Marquesa.

—A César, le contestó el Vizconde.

—¡Hola! ¿se conocen?

—Mucho.

Por uno de esos caprichos inexplicables, y sin darse cuenta de ello, la Marquesa volvió otra vez los ojos hácia la butaca vacía y permaneció un momento contemplándola con aire distraido, y el dichoso César tuvo ocasion de dirigir una nueva sonrisa, que fué tambien correspondida.

Este segundo saludo lo notaron el Vizconde y el marino, y si la cara es el espejo del alma, podemos sospechar que no les hizo mucha gracia.

— Me parece, dijo el marino, que vamos á perder la noche.

— No lo creo, replicó el Vizconde.

—¿Vendrá?

— Sí, vendrá; estoy seguro de ello.

— Sin embargo, ya lo ve V.; el acto va á terminarse y el palco continúa vacío.

— No importa; vendrá.

—¿En qué funda V. la seguridad con que habla?

— La fundo en que está aquí la Marquesa, y ella no faltará á la competencia.

— Oh, sí, exclamó el marino; está eso muy bien observado..... pero entre tanto no viene.

— Vea V., vea V., dijo el Vizconde.

— Ah, exclamó el marino, ya está ahí.

— Y con el Duque, añadió el Vizconde.

— Es verdad; allí veo su cabeza.

— Se conoce que está haciendo los últimos esfuerzos.

— Que pueden ser inútiles.

—¿Quién sabe?

— Por de pronto, el clavel es mio.

— Nuestro, querrá V. decir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
Fondo. 1625 MONTERREY, MEXICO